



Historias de trenes

CRISTIÁN VILA RIQUELME

El poeta Jorge Teillier estuvo continuamente, a lo largo de su vida, encamado en los trenes que alguna vez recorrieron este largo país de desastres, de norte a sur. La más, uno de sus poemarios (editado en la desaparecida revista *Mapocho*, de la Biblioteca Nacional) se llama *Los trenes de la noche y otros poemas*. Se combinan allí visiones fugaces, no por reales menos delirantes: «En la estación de Renaico/ un caballo blanco enganchado a un cochete/ espera sin impacientarse/ Espera bajo toda la lluvia/ destilada por el manto sucio del cielo/ rodando de toda la soledad/ de un mundo redondo e infinito», o ésta: «Sobre el techo recién pintado de azarcon/ de la bodega triguera/ entredada en la luminosa que deja el tren nocturno/ aparece una luna con cara de campesino bomaño/ enrojecida por el resplandor de los roces a fuego», con otras profundamente evocativas: «Ha terminado el verano/ Regreso a la ciudad como tantas otras veces/ en el sudoroso tren de la tarde/ (...) Hasta luego/ hasta luego/ Hasta que nos encontremos sin sorpresas/ viajando por los trenes de la noche/ bajo unos párpados cerrados».

También en más de algún recuerdo en prosa Teillier habla de los trenes. Digamos que éstos definen su pueblo natal, tal como definen la mayoría de los pueblos de nuestro país: «La línea del ferrocarril atraviesa el pueblo, los trenes que remecan las casas de madera van señalando también el paso de las horas. 'Ya pasó el de las doce'. 'Es tarde, hace rato que sentimos el Rápido'. Los trenes, esos constantes relámpagos de acero...».

Chile es un país fundado por el ferrocarril, en sus lugares, en sus nostalgias y en sus poetas. Sin ir más lejos, el primer ferrocarril de América Latina es uno que se construyó en Chile: el tren de Caldera a Copiapó, cuya locomotora sigue varada y agonizante en esta última ciudad. La estación construida en el puerto de Caldera era estación cerrada por las noches y, a pesar de haber sido declarada hace poco monumento nacional, se va destruyendo poco a poco, transformada en urinario público y en basurero clandestino. ¿Triste destino el de las estaciones de Chile? Tanto como el de los monumentos nacionales que, cuando no se que-

man casualmente, terminan transformados en supermercados o en negocios de repuestos automotrices.

La pintora y académica Aura Riquelme alguna vez pintó y expuso las Estaciones de Chile. No todas, por supuesto, pero algunas de las más representativas: la de Limache, por ejemplo, la desaparecida Leida, la Estación Mapocho, la Estación Central. Hay en esas pinturas, no sólo un homenaje a lo que fue este país en su más decidida fisonomía, sino un gemido de soledad y de abandono por lo que ahora ha comenzado a ser, como avergonzado y aterrorizado de su pasado más glorioso. «Oh largo Tren Nocturno/ muchas veces/ desde el Sur hacia el Norte/ entre ponchos moja-

dos/ cereales/ botas tiesas de barro/ en Tercera/ frente desarrollando geografía», dice Neruda en su *Memorial de Isla Negra*.

Ya lo sabemos: la dictadura también acabó con los trenes. El chirrido de los vagones, ese olor a gente de paso en los derriores y en las salas de espera de las estaciones, el pitazo del controlador o esos boletos de cartón -como en el automotor de Valparaíso que todavía sobrevive pintado de propaganda como un futbolista-, los carros de Tercera, las señoras de blanco en Curicó, los vendedores de sandwiches de potito o de jamón con queso en pan amasado, el coche comedor, el vaivén persistente y adormecedor, el campesino con un saco con pollos, el griterío de los estudiantes: todos fueron exterminados, paradójicamente, por los conservadores más recalcitrantes y reaccionarios que conocimos. Así, sólo nos queda lo que dice el poeta Miguel Vicuña en su poema *Morgendammerungslied*: «Sin llanto apura el vino/ un tren que pasa».

Tampoco hay que olvidar que el Chicho Allende hizo sus campañas más gloriosas en tren. El Tren de la Victoria. Aunque sólo vino a triunfar cuando las cosas se habían acelerado demasiado, sin aquel legendario tren, y con los resultados que ya conocemos. Pero si ponemos atención, de seguro vuelve a sonar en medio del silencio de la aldea el pitazo del tren nocturno alejándose en los recodos de la memoria. Con todo lo que eso significa para lo que somos.

Ese, creo, es el mejor homenaje a este mes de septiembre cargado de aniversarios. ♦



Historias de trenes [artículo] Cristián Vila Riquelme.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vila, Cristián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Historias de trenes [artículo] Cristián Vila Riquelme. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile